

Sobre la poesía de Diego Doncel

por Manuel Vilas

Casi me resulta imposible hablar de la poesía de Diego Doncel sin hacerlo previamente de la poesía española de este fin de siglo, sea al menos para señalar un fenómeno curioso— y me consta que no soy el único en advertirlo— cual es la excesiva toma de conciencia de la poesía española actual en su función institucional. La proliferación de antologías, editadas con la pretensión tan inopinadamente explícita como legítima de dar a conocer al público lo más granado de la producción poética, esconde, sin embargo, un uso abusivo y ya inoperante de instrumentos de “canonización” que la historia literaria registró en décadas anteriores (1). Desde la famosa y cuajada antología de Gerardo Diego, la crítica y los interesados, en generaciones subsiguientes, utilizaron el artificio de la antología y de la generación como forma inmediata de institucionalización de la poesía, es decir, de su entrada en el recinto de la historia literaria, y por ende, en la historia nacional. No en vano, recuerdo ahora mismo un interesante artículo de José-Carlos Mainer en donde motejaba, no sin razón, a la generación del 27 como de Sociedad Limitada (2).

En todo caso, entiendo que cualquier poeta se quede desilusionado o padezca el nervaliano mal de la melancolía al percibir que el fin único de la labor poética no es tanto su trascendencia en el lector o en el vasto mundo de la inteligencia, la cultura viva, la belleza de los tiempos, el olvido tan libre como el recuerdo, la rosa intransitiva que decía Luis Cernuda, como su rápida y algo grosera institucionalización y su alineación tan jerarquizada como, probablemente, inmediata en formas didácticas de la historia literaria (3), todo lo cual conforma, en definitiva, el modelo historiográfico nacional que impera en la poesía española de este siglo. Lo que me interesa señalar no es tanto que ese modelo historiográfico siga vigente cuanto que los poetas lo hayan advertido, y tomado una copiosa y proteica conciencia del mismo, lo que explicaría la tan aireada en suplementos literarios conflictividad actual e inmisericorde pugilato. El abuso de ese modelo historiográfico se materializa en el deseo de agrupación o clasificación y en la multiplicación de sesudas y definitivas antologías. La antología de poetas que buscan esa institucionalización rápida e inmeditada ha dejado de surtir efecto, en una curiosa paradoja de la historia literaria. También es cierto que quienes han ejercido de antólogos, en frecuentes ocasiones, buscaban más una favorable ordenación del panorama a sus particulares intereses estéticos que la muestra erudita de la producción poética.

Digámoslo más coloquialmente: las antologías ya no son lo que eran, parecen una tecnología literaria anticuada y quemada por el abuso, o tornillos pasados de rosca que ya no fijan o agarran demasiado en el mármol de la historia literaria. Quede constancia, pues, de esa oxidación de la historiografía literaria española, al menos en lo que afecta a la poesía. Ojalá lo que venga sea la quiebra de todo un modelo historiográfico, del que, desde mi punto de vista, la poesía española saldría beneficiada, quedaría como liberada, individualizada y no generalizada. Sería en todo caso, algo esencialmente novedoso.

(1) Con razón señala Miguel García-Posada que “esta ebullición antológica, que incluye algunos títulos sensatos y otros que lo son menos, no responde tanto a las expectativas del mercado como a la propia dinámica de la vida poética, donde la lucha por la jerarquización y los reconocimientos adquiere coloraciones a todas luces excesivas”, *El País, Babelia*, 31-mayo-97.

(2) En “Tradiciones poéticas en este fin de siglo. La generación del 27”, *Poesía en el Campus*, Universidad de Zaragoza, 1995.

(3) Formas didácticas contra las que ya resulta imposible luchar, como es el caso de la “generación del 98”, que pese haber sido desmontada críticamente, sigue siendo un marbete indispensable, aprendido de memoria por todos los españoles con estudios de enseñanza media.

Señalada muy *grosso modo* esta prevención, de la que, naturalmente, habría mucho que decir, y a la que habría que añadir la circunstancia esclarecedora y tantas veces citada de la inexistencia de un mercado saneado y boyante, pido disculpas al lector en la medida en que dejo el tema con los espadas en alto y ni siquiera busco el manuscrito en donde esta historia se continúa. Y pasemos, por tanto, el tema que me convoca en estas páginas. Sin olvidar que las opciones personales y originales en el sentido moral de la palabra y no en el literario —y me interesa mucho, en este caso, deslindar lo moral de lo literario— han sufrido maltrato por este esquema historiográfico de la poesía española actual. Un maltrato que en modo alguno se corresponde con la calidad de la obra poética, obviamente. Y a la contra, esta historiografía, algo dogmática y coja de exhaustividad, erudición y sutileza, ha beneficiado inmerecidamente voces menores y de escasa elaboración literaria más allá de su redundancia o pertenencia a alguna escuela beligerante.

Diré de inmediato que la poesía de Diego Doncel (Malpartida, Cáceres, 1964), refleja una crisis espiritual honda y original, y rígidamente sentida, en donde también se crea un personaje sufriente y de acentos panteístas, que admitía una interpretación mística en su primer libro *El único umbral*, premiado con el Adonais de 1990. Tuvieron que pasar seis largos años, en donde Diego Doncel encontró la salida al mundo cerrado de *El único umbral*, para que esa crisis espiritual madurase y decantase un nuevo libro. Así en 1996 vio la luz *Una sombra que pasa* (4) título basado en una leyenda shakespeariana. Y no creo que sea gratuito ni azaroso ni simplemente un lúdico capricho el que Doncel eligiera a Shakespeare como guía de su nuevo libro en la medida en que nuestro poeta se entrega a la tragedia como expresión y como significado de su credo lírico, a un desgarró emocional y sombrío, y a una susurrante sinrazón, a la contagiosa sinrazón del *pathos* sarcástico y funesto.

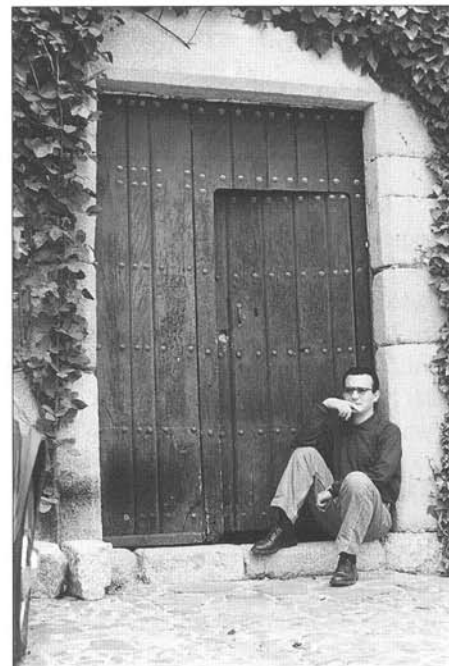
En *Una sombra que pasa*, la tristeza barroquizante y el sentimiento de la immoralidad de la existencia humana son los temas dominantes. El personaje poé-

tico que nos habla está entregado a su morir, a su caducidad, lo que le lleva a una negación trascendental del universo. Es también un personaje confesional, que confiesa impudicamente la gravedad de su estado y la mentira física y metafísica de la vida. De su propia experiencia extrae la condenación de la vida, de ahí el romanticismo y el egotismo radical e insistente. Esta exaltación del yo, por los vericuetos morales, tortuosos y atormentados que la lleva Doncel, no es frecuente en la poesía española última. Está es, en puridad, una postura férreamente pesimista. El camino de la poesía de Diego Doncel es a la vez que original y solitario, cruel y enconadamente quevedesco:

Entre yo mismo y el mar todo es absur-
/do,
y vano, y sin sentido, porque al fin es-
/tas aguas
y su horizonte, que son como un boste-
/zo

*ajeno y desolado,
sobrevivirán más allá de la muerte
que han de marcarme la sombras.
Una sombra seré yo, pero sin alma,
y de mí sólo existirá el polvo
y la miseria que deje atrás mi vida
sin un rayo, aunque sea sucio, de sol.*

En realidad *Una sombra que pasa* concluye en la desesperación como tema envolvente y argumento final: Una desesperación que no olvida en sus acordes la ironía y la sensualidad metafórica, e incluso una vaga sospecha de enamoramiento de la muerte, un soplo escondido de vaporosa necrofilia. En este sentido, la postura de Doncel es romántica e idealista, idealista porque niega el presente, la temporalidad del presente, que es la que normalmente sacia a los hombres y les quita el dolor de la desaparición, y romántica porque no acepta la relatividad del mal y de la vida. El único asidero humano del poeta es la brillantez de su propia palabra, algo muy cernudiano. También Doncel niega la contemporaneidad de su persona —esa contemporaneidad que otros afirman hasta cuando duermen— y de allí volvemos nuevamente a la tragedia. La poesía de *Una sombra que*



Diego Doncel

pasa es una negación constante, una purgación pero sin Dios al fondo. Estamos ante un libro de las negaciones y en un incremento de la desesperación. Digo esto porque en *El único umbral* se presentía a la Divinidad detrás de los poemas y de los pensamientos más tocados por la muerte, de ahí el misticismo del libro. De ahí también que en ese caso la muerte pudiera esperanzadamente “desatar esta alma mía / hora a su afán ansioso lisonjera”. Sin embargo, en su segundo libro, Doncel ha eliminado esa implícita presencia amable y justificadora, la ha desintegrado, la ha borrado porque no se quiere engañar ni a sí ni a sus lectores. Si la hubiera mantenido, si hubiera mantenido un telón de esperanza, una lejana posibilidad de Dios, un *Deus ex machina*, como nos decían en la facultad de Letras, reparador de las desgracias de la existencia y de las prodigiosas lágrimas humanas, *Una sombra que pasa* hubiera sido un libro más aplaudido, más celebrado por lectores y crítica. La literatura, cuando más importa, es una creación moral, quizá una quemadura espiritual, seca y rechinante. El personaje del libro indaga sobre su identidad, sintiendo ésta como una oquedad hostil y fracasada:

*Bajo las sombras sólo siento
náusea y terror de mí pues ya no soy*
/ otra cosa
*que un animal devorado por el tiempo,
que el lugar donde un hombre y su ra-*
/zón
y sus sueños fracasan.

(4) La obra poética de Diego Doncel se compone hasta la fecha de dos libros; *El único umbral*, Madrid, Adonais, 1991 y *Una sombra que pasa*, Barcelona, Tusquets, 1996.

En pocas ocasiones Doncel acepta la figuración de su tragedia. Esta sólo sucede con claridad en dos poemas: los titulados "In memoriam o la muerte del otro" y "Pensamientos ante una casa abandonada". Y aun así los acontecimientos que motivan los poemas —la muerte de una persona próxima al poeta y la contemplación de una casa en ruinas— se desdibujan inmediatamente dando paso al lamento de la mortalidad humana. Adviértase la belleza con que Doncel titula sus poemas, pues son titulaciones que encierran una generalización de consistencia moral. Parece el suyo un templo sin imágenes, una radical prohibición para que la mirada en modo alguno se distraiga del tema principal y único.

En realidad, Doncel es un poeta de la muerte. En ese sentido entiendo que es un poeta muy español y muy de la estela quevedesca del barroco; la corrupción y la nada en fatal encuentro:

Oigo gritar al viento con mi humano
/ dolor
y al frío quemar mi propia carne en
/ sombras
bajo un cielo cargado de cenizas.

Al fin todo está muerto.

Y sólo me queda llorar el haber sido
/ un sueño
que alguien vivió entre los sueños va-
/ nos.

La gran tristeza de esta poesía esconde en la palabra muerte otra que el poeta no nombra por su drástico recelo a la hora de admitir cualquier realidad que no sea religiosa en su sentido antropológico y estético. Y esa otra palabra, o mejor otras palabras, son insatisfacción ante la vida, decepción, deterioro, desasimiento, desasosiego. La única afirmación esperanzada en esta poesía se produce en el primer poema del libro, en la medida en que este poema es un pórtico o una natividad imbricada en la naturaleza. La naturaleza es pura y mágica mientras está viva, y entonces surge la voz dichosa del poema "Soliloquio de la purificación". Pero pronto nos advertirá el poeta:

La tierra, los pájaros, el río, el hombre
que veía afanarse en la luz fueron
parte de mi alma, una viva ilusión

de unidad con el mundo
que con su presencia purificaba mis
/ adentros.
Pero hoy, que es ayer y que yo no veía,
la tierra está árida de sol
bajo las nubes, los pájaros muestran su
/ vasto
desaliento desde la altas ramas
con frondas de ceniza, el pedregal del
/ río vuelve
a darme su deajo de muerte entre los
/ juncos
y el hombre, como yo, se ha hundido
entre las sombras del miedo y la locu-
/ ra.

Y en un proceso muy rimbaldiano el poeta extiende la condena a sí mismo:

Y siento terror hacia mi
por existir por verme respirar, por con-
/ templar
mi miseria como un rumor más de lo
/ que vive.

Por ser el fruto
de una naturaleza fatal.

En un sentido íntimo, probablemente Diego Doncel querrá alejarse de esa entidad, o personaje, que desde sus poemas invita a la contemplación específica del drama humano y que se condena en un acto de libertad sutil y con cierta hermosura siniestra. *Una sombra que pasa* es el diario, orquestado el modo de una sinfonía (como una coral del abandono de las ilusiones y de la representaciones de las realidades del mundo) de una insatisfacción espiritual abundante y violenta. El poeta alude a la muerte como razón de ese desconuelo, pero yo creo que en el fondo, es la propia vida, lo que ha quedado de la vida y lo poco que ha quedado de la palabra religiosa o imaginativa, lo que hace que Doncel se arremoline en las tristezas sedientas. ¿El drama de un poeta romántico en las postrimerías de un siglo sentencioso y descreído?. En el fondo, sí, pero también, indudablemente, la forma de una crisis personal y la voluntad decidida de someter el pensamiento a la radicalidad cioraniana y bernhardiana de la desesperación, de la enfermedad espiritual y de la muerte, en un proceso de conquista y admisión de la verdad.

De Baudelarie en adelante —como ya estudió brillantemente Benjamin— la poesía profesa en las órdenes de la desi-

lusión y del desafío a la condición humana. La pérdida de Dios —de toda sustancia esclarecedora— abrió los enigmas y las tempestades de los hombres en duro sacrificio con sus verdades, en dura pugna con el conocimiento. Es el conocimiento el que vuelve tristes y distantes a los poetas. La ambición que no puede colmarse, el desmantelamiento del platonismo en la edad moderna cayeron sobre la lengua de los poetas a modo de veneno incesante. De todo esto ejemplos son los dos mejores poetas españoles que ha alumbrado el siglo: Antonio Machado y Luis Cernuda. Las ansias de vivir poéticamente, traicionadas, se convierten en ansias de morir con ejemplo de descreimiento y voluntad de incuria. Los dones del platonismo, que mantuvieron altivas las frentes pensantes de Garcilaso y de Góngora, entregados a benévolas creencias, sucumbieron, y con ellas, la muerte de Dios y todo un estado de vida occidental, de vida culta, grave, hermosa.

En la poesía de Doncel vive esa oscura plegaria que alimentó las fascinaciones más tristes y decisivas de la Europa decimonónica, esa pretensión virgiliana también de la comunión última de las cosas que mueren, en racimos de polvo, bajo la santa y machadiana niebla del tiempo y la severa corrupción de los valientes.